

## **TRANSCULTURALIDAD EN LAS IMÁGENES Y EL TRATO A LA ANCIANIDAD. HACIA UNA ATENCIÓN DE CALIDAD EN EL SIGLO XXI.**

El título habla de lo que pretendo, en última instancia, con mi exposición. Pretendo colaborar con mi grano de arena a aumentar la futura atención de calidad para los mayores dependientes, teniendo en cuenta que, buena parte del público está formado por futuros profesionales del sector de atención a la dependencia (debemos ir acostumbrándonos a las nuevas terminologías las cuales, a veces y solo a veces, esconden también nuevas filosofías y perspectivas). Quiero haber conseguido, al finalizar mi exposición, que cada uno de vosotros (al menos los que tengáis la paciencia de escucharme, que no oírme, hasta el final) incorporéis una mirada algo más amplia, la mirada del otro, una mirada en definitiva, más antropológica. Podéis pensar que tipo de vinculación tiene la transculturalidad y las imágenes culturales con el trato que reciben los viejos (permitirme que utilice todos los eufemismos pues, al fin y al cabo, son eso, eufemismos). Bien, pretendo demostraros que esa vinculación existe y en ello me voy a esforzar en los próximos minutos. Permitidme empezar con esta cita, por otro lado, ilustrativa del conjunto de la conferencia.

“Al entrar, encontraron, colgado en la pared, un espléndido retrato de su amo, tal como le habían visto últimamente, en toda la maravilla de su exquisita juventud y de su belleza. Tendido sobre el suelo había un hombre muerto, en traje de etiqueta, con un cuchillo en el corazón. Estaba ajado, lleno de arrugas y su cara era repugnante. Hasta que examinaron las sortijas que llevaba no reconocieron quién era.”

Wilde, O. El retrato de Dorian Gray. Madrid. Salvat. 1970; 204

### **Transculturalidad: La vejez en el tiempo y en el espacio. Aproximación histórico-antropológica.**

¿Cómo han visto a los ancianos sus congéneres de otras épocas? ¿cómo han visto y ven a los ancianos las personas que han convivido con ellos en otras culturas? ¿cómo vemos a los ancianos nosotros, en este momento y en nuestra sociedad occidental?. Es innegable que el hecho de poder comparar diversas visiones nos aportará este deje relativista que nos permitirá huir del etnocentrismo para no catalogar cualquier actuación hacia la ancianidad desde un punto de vista unilateral. Queremos avanzar, para empezar, que las imágenes culturales y, por tanto, el trato que reciben y el rol que desarrollan los

viejos han venido siendo similares a lo largo de los tiempos y en espacios muy distintos entre sí. Similares en cuanto a su heterogeneidad –entiéndase la presunta contradicción- heterogeneidad que huye de los tópicos homogeneizantes, heterogeneidad que perpetua siglo tras siglo una clara ambigüedad, heterogeneidad que ofrece multitud de situaciones frente a un mismo proceso, el proceso de envejecer. Heterogeneidad, sin embargo, que aún existiendo hasta sus últimas consecuencias recoge un trasfondo homogéneo perpetuamente existente cuando somos capaces de categorizar socialmente un grupo de edad que empieza a diferenciarse del resto como tal, hace muy pocas décadas, cuando aplicamos una serie de tópicos que confluyen en el edaísmo, cuando -en definitiva- las imágenes culturales que utilizamos son mayoritariamente negativas.

Empezaremos este recorrido con la vejez en Grecia, donde se acuña precisamente el término viejo. Geros=viejo (1). Pero antes retrocedamos un poco más en la historia y veamos que ocurría en las sociedades prehistóricas. En estas sociedades el hecho de que haya pocas personas de edad avanzada hace que los viejos adquieran un valor especial. Vivir tanto tiempo no parece natural y esto ofrece a los ancianos un cariz sobrenatural relacionado con aquello que es más sagrado. Los individuos más viejos de la época paleolítica, según los esqueletos encontrados, no sobrepasaban los treinta años. Si avanzamos en el tiempo y nos situamos en el Neolítico vemos que de 187 cráneos examinados por Henry Vallois (2), solo tres de ellos pertenecían a individuos mayores de cincuenta años. Pero la situación del anciano, incluso en estas sociedades que lo relacionan con lo más sagrado, depende de las circunstancias que lo rodeen. Así, en los periodos favorables, el viejo tiene una situación envidiable, se los convierte en brujos y más adelante en sacerdotes, pero en los periodos infértiles con dificultades de subsistencia el viejo puede ser eliminado, ya que la incapacidad y la dependencia amenazan la supervivencia del grupo. Hay, sin embargo, algo que parece reconocerse en todos los pueblos que practican la tradición oral y es el papel del anciano como depositario del saber (3). En los Estados Totalitarios y si tomamos como ejemplo la civilización incaica, los viejos estaban integrados en el grupo, se les ocupaba y se les entretenía, los viejos del pueblo eran acogidos por la comunidad a su cargo y se les alimentaba y se les vestía. Para que ello sucediera debían pagar cierto tributo, eran empadronados cada cinco años y clasificados duramente según una serie de deficiencias físicas y psíquicas (los que todavía están bien, los sindientes, los sordos, los que solo duermen y comen,...). Sin embargo, los indios anteriores a los incas, según crónicas de Garcilaso de la Vega, mataban y se comían a sus viejos. Si nos situamos en las sociedades que utilizan la escritura alejándonos de las ágrafas, nos encontramos que la primera crónica “histórica” es la de Ptah-Hotep, visir del faraón Tzezi de la dinastía V, que vivió en el año 2450 a.C. Él se lamenta de lo triste que resulta ser viejo, sobretudo

relacionándolo con los deterioros físicos y psíquicos que empiezan a aparecer. Ahora bien, a pesar de la visión pesimista de Ptah-Hotep, si se concede credibilidad a las pocas noticias que se tienen de esta etapa y de la vejez, debe pensarse que en el mundo pre-helénico y entre civilizaciones tan antiguas y lejanas como la egipcia, las sociedades sumerias, el Oriente Próximo y Medio, los japoneses..., que son profundamente religiosas, se continúa relacionando la ancianidad con el mundo de lo sagrado y se continúa otorgando a los viejos un lugar honorable, si las circunstancias lo permiten, situación que sólo encontraremos más adelante de manera excepcional. Sin embargo, a lo largo de lo expuesto ya empieza a mostrarse la ambivalencia que hacíamos notar al inicio de la conferencia: si las circunstancias lo permiten...

La historia de la vejez de los hebreos, en el primer milenio antes de nuestra era, se puede resumir como una degradación progresiva de la condición del anciano, debida tanto a acontecimientos externos como internos. Según los escritos más antiguos, en la época del nomadismo los ancianos tenían un papel fundamental y eran considerados los jefes naturales del pueblo. A partir del siglo V la imagen del viejo va perdiendo reconocimiento y fuerza en el mundo hebreo. Por ejemplo, se describe la degradación de los órganos a través de metáforas. Entre los observantes de la Torá, el anciano tenía que conservar una parte de la aureola antigua y su dignidad crecía por este hecho. Por el contrario, entre los seguidores del cristianismo, basado sobretodo en el Nuevo Testamento en el que los viejos ocupan un lugar insignificante, se caerá, más a menudo en la indiferencia y el menosprecio hacia el viejo. Un ejemplo de esta situación se manifiesta en la propia iconografía, el Dios del Antiguo Testamento es un hombre representado con largas barbas blancas, canoso,..., un viejo poderoso; en el Nuevo Testamento, Dios se manifiesta a través de su hijo, Jesucristo, un hombre que muere mucho antes de llegar a la vejez (4).

Volvamos a los griegos, responsables de la acuñación del vocablo que, hoy por hoy, se utiliza en las distintas disciplinas para enunciar a los viejos o al propio proceso de envejecimiento y a su estudio. Los griegos llevan al ser humano hacia la cima de su capacidad, lo hacen dueño de su destino y lo hacen buscando la belleza más lejos que ninguna otra civilización. Para una sociedad que tiene estos objetivos, la vejez es símbolo de decrepitud, lo cual llega a ser aún peor que la propia muerte. Esto se acentúa en Esparta donde los valores de la juventud, fuerza física y vigor llegan a las máximas cotas (5). La decrepitud provoca la pérdida de cualidades en los héroes y la muerte garantiza, sin embargo, la magnificencia de su destino, sin embargo, el poder se concreta en un Senado “Gerusía” compuesto por 28 miembros todos de más de 60 años (6). De esta ambivalencia surge una nueva contradicción. En el mundo griego, aunque parezca que el poder estaba en manos de los ancianos a través del Consejo de

Ancianos, lo cierto es que el gobierno era más monárquico que senatorial, y el consejo más aristocrático que gerontocrático. A los viejos de origen más modesto es más fácil encontrarlos mendigando por los caminos que en lugares de honor en las ciudades. Estas diferencias sociales quedan reflejadas en el mundo de las letras y las artes, la imagen negativa de la vejez en el mundo griego aparece en la comedia, donde durante siglos se presenta el lado ridículo de la ancianidad acentuando todos sus defectos. Esto se suma a la imagen patética y lamentable de las tragedias. Para los filósofos griegos la ancianidad es ambigua y contradictoria, algunos, como Aristóteles, la detestan y otros, como Platón y Plutarco, la exaltan. La primera conclusión importante de los planteamientos presentados hasta aquí es que además de existir diferencias entre los viejos de distintas sociedades también existen diferencias entre los viejos de una misma sociedad.

El mundo romano, como imperio, nos ofrece más de ocho siglos de historia. Se trata de una civilización que se extiende en todo el mundo conocido. La enorme mezcla humana y cultural, a partir del siglo II a.C., otorga a la latinidad un cariz cosmopolita hasta el momento desconocido. Pero la base de la propia civilización tenía unas raíces latino-griegas, una dualidad de origen que oferta a los ancianos una importancia segura en dos vertientes: en la vida política y social gracias a los privilegios que ofrecía el derecho romano, y en la vida cultural por los modelos precedentes de la literatura y la filosofía griegas. Pero importancia no quiere decir ventaja o preferencia, sino más bien presencia. Dependiendo del papel que juega el anciano en el transcurso del tiempo su situación frente al resto de la sociedad también cambia, conforme se aparta de lo público y se ubica en el ámbito privado la crítica social va desapareciendo, el conflicto generacional, muy enraizado entre los griegos, va diluyéndose y la imagen del viejo tiránico, avaro y lascivo que daba miedo y reflejaban Plauto y Terencio es sustituida por la imagen impotente, fea y decrepita de la que se hace burla, de la mano de Juvenal. Aparecen los primeros asilos para ancianos de la historia occidental, lo que permite entender que la ley de Justiniano que limitaba los derechos de los padres, pero les reconocía ser mantenidos por los hijos, a veces no se cumplía (7). Existe, sin embargo, un terreno donde los romanos parecen tratar siempre bien a los viejos, el mundo del arte. Los romanos avanzan mucho en la imagen cultural de la vejez, si utilizamos avanzar en el sentido de no homogeneizar; son poco dados a generalizar, debido a la gran amalgama de pueblos que conforman sus territorios y, por tanto, hablamos más de ancianos que de ancianidad. Critican a individuos y no a un periodo de la vida, salvaguardan la complejidad, las contradicciones y la ambigüedad de la vejez. Un ejemplo es la obra de Cicerón *De Senectute*, un gran tratado clásico sobre la vejez (8).

La Alta Edad Media es una etapa de la historia en la que quien ostenta el poder es quien utiliza la espada. Poco lugar queda, pues, a los que son incapaces de levantarla (unos 15 kilos de peso en una sola mano). Las difíciles condiciones de vida no permitían a muchos llegar a viejos y si lo hacían esta tenía menos valor (los castigos pecuniarios por dar muerte a una persona anciana eran tres veces menores que los equivalentes por dar muerte a un hombre en la plenitud de la vida) (9). Por otro lado, el otro poder, la iglesia, acoge a los viejos en sus hospitales, les ofrece socorro, pero no manifiesta ninguna atención hacia la problemática concreta. Los autores cristianos en el ámbito de la moral utilizan la vejez también de forma alegórica. La decrepitud y la fealdad ofrecen una excelente imagen del pecado, su visión es pesimista. Además, según estos autores, con los años aumenta el número y la gravedad de los vicios de la vejez. Los viejos se vuelven lujuriosos, avaros, coléricos, egoístas, dados a comer, son foco de vicios y esto es imperdonable, teniendo en cuenta que la experiencia y la sabiduría los deberían llevar hacia el bien. El viejo poderoso, sin embargo, puede optar a un retiro voluntario a un monasterio, no así el viejo pobre. Esta idea de retiro que aparece en el siglo VI supone la introducción de la idea de ruptura fundamental en la vida humana, de manera que ayuda a tomar conciencia de la particularidad de la vejez y se identifica con la finalización de la actividad en el mundo profesional. El concepto “retiro” que nace como hecho físico, ingreso en un monasterio, se carga, poco a poco, de otras dos connotaciones que llegan hasta nuestros días. En este punto podríamos hacer un pequeño inciso para la reflexión. En el momento de su aparición, el retiro era un beneficio del que no podían disfrutar más que los viejos poderosos, actualmente es precisamente este grupo el que tiene el privilegio de no optar a él y aquellos que no podían disfrutarlo hace quince siglos son los que ahora deben asumirlo, muchas veces sin su aprobación. Existe, pues, una clara paradoja que se ofrece en el transcurso de los tiempos y hay un hecho que podría extraerse de este proceso, la existencia de una clase privilegiada que puede dirigir su destino y la existencia de unos grupos menos favorecidos que no pueden escogerlo. Quizá la obligatoriedad de una u otra opción podría producir el efecto contrario, el de ser una opción no deseable. Hasta el siglo XIX el retiro será privativo de los privilegiados. El viejo pobre habrá de trabajar hasta que las fuerzas se lo permitan. Después la comunidad familiar se hará cargo, pero si no tienen familia se incorporará a la categoría de pordiosero, que incluye inválidos, enfermos, locos, viejos y mendicantes de todo tipo. El viejo pertenecerá entonces a la historia más general de la pobreza. Pero, de hecho, en la Alta Edad Media no se tiene demasiada conciencia de lo que significa ser viejo. En una sociedad rural sumamente frustrada donde, excepto los poderosos, nadie tiene demasiada conciencia de su propia edad, y donde en condiciones de vida muy duras el deterioro físico empieza antes, la diferencia entre un individuo de 40 años y uno de 60 o 70 era mucho menor que la actual.

A partir del siglo XI, parece que mejora la imagen de la vejez, como mínimo en relación al arte y la literatura y con respecto a la anterior época de oscurantismo. Todavía existen, sin embargo, sufrimientos en el ámbito rural. Aparece una imagen del envejecimiento del mundo que no aporta nada bueno a la concepción de la vejez. El retiro continúa siendo un hecho pero sólo para los viejos aristócratas y literarios. Es en esta época cuando los documentos empiezan a hablar de vejez, a buscar causas y remedios, así como a describirla. La vejez es sentida como una realidad presente debido a la existencia de numerosas personas ancianas y con probabilidades de serlo muchos de ellos. La vejez se estudia desde las perspectivas normativa, médica, simbólica, descriptiva y moral. La ancianidad no tiene un distintivo particular, el vicio de los viejos es el resultado de una vida entera. La edad tampoco tiene que ver con la virtud o la sabiduría. Pero también en esta sociedad el lugar que ocupa el viejo y el papel que juega varía según pertenezca a cada una de las tres categorías establecidas: clérigos (es donde encontramos los mayores casos de longevidad), guerreros (que son respetados mientras están en activo) y el viejo campesino (que queda en manos de la familia). Sin embargo, a partir de este siglo, con la aparición del comercio surge una nueva oportunidad para la vejez. Con los años el guerrero se debilita pero también con los años el negocio crece en una época en la que el límite de la actividad la marca la incapacidad física y no los años. En los siglos XIV y XV se da una afirmación del viejo, la peste negra que llega a Génova a mediados del siglo XIV (1348) había matado, tres años más tarde, a un tercio de la población europea (sobretudo adultos y niños, respetando a los ancianos). Este hecho demográfico ofrece una revalorización considerable del papel de los ancianos. La tendencia a la gerontocracia, resultado de los procesos vividos durante estos siglos, dio como resultado una nueva etapa de crítica de la literatura (10).

Durante el Renacimiento (s.XVI) se lucha de manera feroz contra la vejez, se intenta prolongar la juventud y la vejez se concebirá como la máscara de la muerte. La literatura y la pintura se burlan de la ancianidad. Sobretudo de la ancianidad femenina. Un ejemplo en la literatura sobre la misoginia exacerbada de esta época proviene ya de etapas anteriores donde se vincula la mujer, y sobretudo la mujer vieja, con el mal. Se trata de *La Celestina*, de Fernando de Rojas (11), donde la protagonista acumula todos los vicios atribuidos a la ancianidad. Tanto cortesanos, como humanistas desprestigian la vejez. Todo es negativo en esta etapa y el viejo tiene que dedicarse a prepararse para la muerte. Pero al mismo tiempo que se les da la imagen teórica más negativa, también se le conceden las responsabilidades más elevadas y los mayores honores. Al menosprecio hacia la vejez le acompaña una admiración. Se empieza a conocer la edad exacta de cada persona y se valora la longevidad, a la

imagen teórica negativa le acompaña un poder real. Hay también un acercamiento entre dos generaciones distantes, los abuelos y los nietos (12).

“...:La vieillesse est la porte du néant ou de l'éternité” nos dice Jean Pierre Bois (13) en su obra, por cierto continuadora de la de su maestro George Minois. Es una de las premisas en las que los autores se muestran tácitamente de acuerdo. En el resto lo que prima es la ambigüedad. En todas las épocas históricas y particularmente en los siglos XVII, XVIII y XIX, la ancianidad supone reacciones paradoxales de comportamientos opuestos y a la vez sobrepuestos. Sin embargo, el autor hace un esfuerzo de síntesis para estos últimos siglos de la historia de la humanidad y concluye, aunque con matices, que a un siglo pesimista sobre la edad, el siglo XVII, le sucede un siglo más optimista, el XVIII y después aparece un siglo más realista, el XIX. Este esfuerzo de síntesis es aun más complicado si tenemos en cuenta, y sobretodo a partir del siglo XVIII y aún más en el XIX, que el número proporcional de viejos empieza a crecer y por tanto el interés que despiertan entre los científicos también. Antes la ciencia no buscaba disminuir la mortalidad porque los que morían eran prioritariamente individuos pertenecientes al común fácilmente sustituibles. Médicos y demógrafos se lanzan a su estudio. Los datos proliferan cada vez más y ya no desde el campo de la literatura y el arte, privativo de épocas anteriores, sino también en otros ámbitos. En el siglo XVII el viejo vive primordialmente en familia, lo que supone una importante cantidad de situaciones diferentes reales y poco a poco, en una transición lenta, a la fase familiar le sucede una fase individual que se convierte en lo más frecuente en el siglo XIX. La diversidad todavía se amplía más. Tanto la burguesía como la industrialización favorecen que proliferen los mayores, una porque necesitaba tiempo para que los negocios funcionasen y poder enriquecerse, otra, porque conforme avanzaba precisaba de mano de obra más adiestrada. En el siglo XVIII, en Inglaterra, hay una opinión generalizada y sensibilizada hacia la miseria. Se reforma la asistencia pública y se atenúan los males de pobres y ancianos. El estado reconoce que todo el mundo tiene derecho a la existencia. Estas tendencias desembocan en Francia, atormentada y cercana a la Revolución. El individuo de edad coge importancia porque simboliza la unidad y la permanencia de la familia, ésta a través de la transmisión de las riquezas permite la acumulación y se convierte en la base del capitalismo y el individualismo burgués (14). Las revoluciones burguesas no se ocuparon, sin embargo, de la vejez e incluso la perjudicaron, pero crearon las condiciones necesarias que beneficiaron a los ancianos de generaciones posteriores. La caridad organizada encuentra una nueva función a partir de Lutero y la Reforma, cuando no hay oferta de brazos se cierran los asilos para que ésta exista y así evitar la subida de salarios. La longevidad aumenta entre las clases ricas. El patriarca burgués es un “tiranoabuelo” familiar, el terror al padre que

se adquiere durante la infancia persiste toda la vida. El abuelo es la figura benévola de la familia que puede suavizar los rigores de la autoridad paterna tan bien reflejada en las novelas dickensianas, sin embargo los viejos quieren conservar en sus manos el poder y la herencia familiares, un ejemplo del cual aparece muy bien reflejado en el sistema de herencia catalán (15). Pero la estructura familiar también va cambiando y termina con la familia patriarcal. Por otro lado los viejos privilegiados no pensaban en ellos mismos como viejos sino como gente de buen consejo, peso y experiencia. El movimiento sindical, cuando aparece, nos habla del tema de la vejez, pero no plantea reivindicaciones favorables, porqué éstos una vez fuera del trabajo ya no formaban parte de él. Mientras tanto, los viejos eran maltratados como el resto de pertenecientes a la masa del proletariado de reciente aparición en el siglo XIX. Los grandes cambios económicos y sociales que se van consolidando durante estos siglos favorecen más que nunca a los ancianos de clases superiores y reducen más que nunca a la pobreza e incluso a la indigencia a los viejos de las clases bajas. La segunda mitad del siglo XIX es una de las épocas que más referencia hace en la literatura al mundo de la ancianidad, en muchas ocasiones la literatura de protesta y denuncia propone soluciones y ayuda a cambiar la conciencia colectiva y en conjunto ofrece una visión realista que incluye todas las capas sociales (16).

El siglo XX se encuentra demasiado cerca para ofrecer la misma línea de perspectiva histórica que hemos visto hasta el momento, sin embargo, no podemos dejar de apuntar que si hasta ahora hemos descrito una serie de cambios verdaderamente significativos históricamente hablando, el siglo XX supone una amalgama ingente de ellos a nivel general y en referencia al proceso de envejecimiento en particular. Pero no podemos dejar de escribir, sin embargo sobre el siglo XX y sobre el recién estrenado siglo XXI que, sin duda, bebe todavía de las fuentes del anterior, para empezar a despertar conciencia sobre lo que supone el paso de gigante que el siglo XX supone en cada uno de estos campos. Desde el punto de vista demográfico no hay duda que no existen precedentes históricos en cuanto a la longevidad y a la esperanza de vida ni por las cifras conseguidas ni por la cantidad de personas que llegan a parámetros insospechados en épocas pasadas. Tampoco hay precedentes proporcionales con relación al resto de los grupos de edad. Las estructuras familiares, por otro lado, pasando a la familia nuclear de manera multitudinaria (al menos a partir de la segunda mitad del XX pero con nuevos cambios y, por lo tanto, con nuevos retos, de forma reciente. La incorporación masiva de la mujer al mercado laboral desestabiliza aún más, si cabe, el sistema que se sustentó durante milenios en ella para atender a las personas dependientes). La familia nuclear, decíamos, es también un caso insólito así como lo es la asunción de los viejos en el hogar de los hijos cuando estos llevan años independizados y con hijos a su vez también viviendo en sus propios núcleos familiares. Las



repercusiones sanitarias, laborales y económicas, las relaciones intergeneracionales, la aplicación de políticas sociales postuladas incluso a nivel mundial son difícilmente asumibles, hoy por hoy, y requieren de nuevos planteamientos teóricos y de nuevas aplicaciones prácticas. Esta puesta en escena debe desarrollarse además de una manera rápida y eficaz puesto que la demanda de servicios aumenta exponencialmente y, por el momento, los recursos son pocos y no los más idóneos. Los intereses políticos también se ven afectados por un número de votantes maduros que se incrementa y que cuenta con una larga experiencia, muchas veces una experiencia que suma algunos desencuentros. La realidad de nuestro siglo, resultado de los complejos y espectaculares cambios del anterior sin olvidar los del pasado, se muestra todavía difusa aunque con una clara pretensión -por parte de los que formamos parte de él- de abordar el proceso de envejecimiento desde todos los puntos de vista con una perspectiva conjunta bajo diferentes prismas.

Para continuar, sin embargo, enriqueciendo esta línea de comparativismo cultural debemos no tan solo analizar la situación de la vejez a través del tiempo sino también en distintos espacios. La etnografía nos aportará algunos datos. Un área de estudio antropológico que ha influenciado la antropología gerontológica es el trabajo de Robert Redfield, recogido por Hornum y Glascock (17) que introduce una distinción también recogida por Tönnies y Durkheim entre lo que él denomina “sociedades folk” y “sociedades urbanas” con características muy diferenciadas. Las primeras serían pequeñas, aisladas y la población estaría atada a convicciones implícitas; las segundas, estarían basadas en un orden técnico, la población relacionada entre sí por utilidades mutuas, por coacciones deliberadas o por la necesidad y la experiencia. En las sociedades folk los viejos vivirían una mítica “edad dorada” y en las sociedades urbanas una vida alienada y solitaria. Esta contraposición fue más tarde recuperada y reelaborada por la Teoría de la Modernización.

Fernández-Ballesteros (18) en el capítulo dedicado a la psicología social hace una descripción de algunas de las cosas que decían los antropólogos sobre la ancianidad y llega a la conclusión que eran dos los tipos de trato que recibían los viejos en las sociedades primitivas, o se les veneraba o se les aniquilaba dependiendo de su estado de deterioro físico-psíquico. Sin duda, la autora da en el clavo cuando rompe tópicos muchas veces elaborados por los propios antropólogos como, por ejemplo, la cuestión de la venerabilidad universal de la ancianidad en los pueblos primitivos en épocas de precariedad económica. Sin embargo, nos parece muy interesante la matización de San Román cuando analiza esta problemática e hipotetiza la posibilidad que el trato recibido por los mayores en sus

sociedades respectivas no deba analizarse en términos funcionales sino en términos de poder, sea este político, religioso y/o económico, otorgando a este último aspecto una importancia relevante.

Otra autora que nos ayuda a desmitificar el papel que juega el anciano en las sociedades primitivas es Simone de Beauvoir (19) que apoyándose en los *Human Relation Area Files* estudia la condición de los viejos en diferentes culturas. Las informaciones de las que parte, como ella misma nos dice, son en ocasiones muy antiguas, a veces incompletas y con un valor inseguro. Por ello la contribución hecha por algunos etnógrafos y antropólogos sobre la visión de la vejez en otros pueblos pueda haber llegado a nosotros de manera distorsionada. Además de la conocida crítica hecha hacia la etnografía sobre la percepción de “los otros” a través de las propias normas y costumbres, existe un claro peligro cuando se utilizan datos que provienen de estas fuentes y que hacen referencia a la ancianidad. Un vacío informativo en unas ocasiones y, en otras, una escasa sistematización de los datos hace que no se pueda hablar firmemente sobre lo que sucedía en otros pueblos y en otros momentos históricos. Sin embargo, De Beauvoir se arriesga a exponerlo después de clasificar los “pueblos primitivos”, como ella los denomina en su trabajo y el tipo de medio donde interactúan. Una de las cuestiones relevantes que coinciden con la información aportada por los pocos historiadores que han trabajado el tema de la vejez es el hecho que frecuentemente existe mucha distancia entre los mitos creados por una colectividad y sus costumbres reales. En el tema que nos ocupa, la vejez, el mito suele ser una exaltación de esta y la realidad, que los viejos son segregados e incluso aniquilados dependiendo del contexto social donde se encuentren ubicados. Muchas de las sociedades estudiadas respetan a sus ancianos mientras se encuentran en buenas condiciones físicas y psíquicas pero los abandonan cuando se vuelven decrepitos. Otro replanteamiento interesante de De Beauvoir es respecto a la opinión generalizada entre los etnógrafos sobre la resignación por parte del anciano frente al destino que la tradición les impone. La autora encuentra diversos ejemplos en los que demuestra que no siempre están de acuerdo con su suerte. Un texto novelado magnífico en este sentido es el de *Los dientes del diablo* (20) que nos muestra como una anciana destinada a morir en la nieve devorada por un oso se resiste un año más utilizando ciertas estrategias de conocimiento sobre el nacimiento de los niños, en definitiva, ejerciendo de abuela. El año siguiente ella misma se deja morir contenta de alimentar a los suyos a través del cuerpo del oso que previamente se ha alimentado de ella. La metáfora es preciosa. Por último, otra conclusión interesante de De Beauvoir que cabe remarcar establece que los ancianos tienen más probabilidades de sobrevivir en las sociedades ricas que en las pobres y en las sedentarias que en las nómadas. Este último punto nos servirá de introducción al siguiente autor.

Leo Simmons (21) un sociólogo que bebe de las mismas fuentes que De Beauvoir entra en contradicción con esta afirmación. Simmons opina que las sociedades primitivas más complejas, definidas por sedentarismo, provisión constante, producción de cereal, propiedad privada, comercio, dinero y trabajo de esclavos no suelen alimentar comunalmente a sus viejos. Por tanto, en este tipo de sociedades se daría un abandono de los viejos a su suerte o quedarían a cargo de sus familias si tenemos en cuenta que la alimentación es la base de la subsistencia. Precisamente la familia parece jugar un papel fundamental. Las sociedades agricultoras, sedentarias, con centralización política y estratificación social tendrán más atención hacia los ancianos a través de las familias. ¿Qué ocurre entonces? Debemos echar mano nuevamente de la diversidad y de la ambigüedad para explicarnos estas aparentes contradicciones y de la no coincidencia total entre la realidad y las imágenes culturales que la sustentan. También entra en juego un nuevo elemento, los viejos empiezan a categorizarse como tales y los adultos, el grupo de edad directamente anterior debe salvaguardar su propia existencia en la vejez. Nuevamente la literatura nos ofrece alguna luz. Es interesante leer en este sentido *El plat de fusta*, un verso de un poeta catalán que ha sido ampliamente divulgado a través de la oralidad popular y que queda resumido al final con el famoso refrán “Tal faràs, tal trobaràs” (te encontraras con lo que previamente hayas hecho) (22).

Dejemos de lado los “pueblos primitivos” y vayamos a ver que nos dice la etnografía en otro tipo de sociedades. Harrell (23) nos introduce en la situación que disfrutaban los ancianos chinos, y decimos que disfrutaban puesto que, al parecer, esta es muy positiva. En la familia el anciano es venerado y juega un papel destacado que mantiene hasta una cierta edad muy avanzada. La situación de la mujer, supeditada hasta entonces, al marido, también mejora con los años e, incluso, se convierte en una alma despótica hacia su nuera. También en el Japón (24) parece que existe una actitud muy positiva hacia sus viejos. Se observa estrictamente el respeto hacia ellos siendo una de las principales virtudes de la sociedad japonesa. El Japón, sin embargo, es un caso muy especial. En pocos años ha realizado una transición que le ha llevado de ser un país eminentemente agrícola a un país industrial muy desarrollado. Esto hace que existan situaciones contradictorias importantes en una sociedad que nada en la abundancia de los occidentales con ideologías orientales. Los ancianos son quienes precisamente sufren más estas contradicciones, ya que ellos han vivido los cambios que les han hecho ver el paso de una sociedad agrícola y rural a una sociedad industrial y claramente urbanizada. Pero, decíamos que las condiciones por las que se regía el sistema tradicional respecto al trato hacia los ancianos no han cambiado. Las encuestas que ofrece el autor muestran como los ancianos japoneses se sienten felices viviendo al lado de sus hijos y desarrollando su trabajo u otros alternativos hasta edades muy avanzadas. Este

mantenimiento de la vida laboral activa hasta edades muy avanzadas e, incluso, hasta la muerte, no es privativo de las sociedades orientales. Japón, ya occidentalizado, continua manteniendo este sistema laboral pero en países donde existe el retiro, como el nuestro, también hay excepciones (por ejemplo, profesionales liberales, artistas, profesores eméritos, médicos...). Hasta aquí tenemos una visión positiva de lo que ocurre con los mayores en las sociedades orientales pero esta visión positiva también debe ser cuestionada. Debemos introducir nuevamente algunas dosis de duda sobre si esta situación es generalizable o solo aparece en un tipo determinado de ancianos. Albá (25) nos advierte que los cambios que se dan pueden afectar las raíces ideológicas de algunos de estos países en detrimento de la posición de los ancianos en el espectro social. El autor refiere como en la sociedad China empieza a apercibirse una resistencia a atender a los parientes ancianos cuando esto venía estipulado tradicionalmente desde milenios atrás. Hasta entonces, las leyes eran reflejo de estos cambios después de la proclamación de la República Popular China, manteniendo el derecho de padres y abuelos a ser atendidos por la familia pasada cierta edad, pero retirándolo para aquellos ancianos que no tenían descendencia. Además, desaparece su autoridad en el seno de la familia. En el Japón también existen elementos para pensar que no es real la situación que las imágenes culturales nos ofrecen. San Román (26) opina que el trabajo de los viejos japoneses supone un ahorro considerable en la carga del Estado, ya que estos, además de contribuir en la producción, realizan tareas que nadie quiere con unas retribuciones económicas que nadie aceptaría si tenemos en cuenta que el mercado inmigratorio del Japón no está, por el momento, excesivamente desarrollado. Esta doble acepción de la concepción de la ancianidad en el Japón que se define de manera distinta en cuanto al trato y a las imágenes queda muy bien reflejada en una película japonesa *Cuentos de Tokio* ambientada en los años 50. Por un lado las diferencias de vida entre la zona rural y urbana y las diferencias de trato que ello supone hacia los viejos y por otro, las diferencias generacionales, lo que para los hijos es correcto y respetable para lo ancianos es síntoma de ingratitud. Si seguimos con la filmografía existente no podemos olvidar la famosa *Balada de Narayama* donde se percibe otro tipo de trato hacia los ancianos japoneses cuando literalmente son obligados a autoinmolarse por el bien del conjunto social.

La etnografía, poco a poco, ha ido ampliando sus inquietudes en referencia al estudio del envejecimiento humano. Si hasta el momento hemos recogido estudios que hacen hincapié en el trato y las imágenes ahora veremos estudios más recientes que nos ofrecen aportaciones sobre las actitudes. V. L. Bengston i D.H. Smith (27) analizan estas en un estudio realizado entre 5500 personas de edades comprendidas entre 18 y 32 años. Las entrevistas se realizan en países tan dispares y alejados como Argentina, Chile, la India, Pakistán, Israel y Nigeria y llegan a la conclusión diametralmente opuesta a

sus hipótesis de partida que existe una relación directa entre modernidad y actitudes positivas hacia el envejecimiento. Otro de estos estudios es el de Robert J. Smith, Allan Holmberg, Charles Hughes y otros que trabajan con los indios Quechua, los esquimales de Greenland, los japoneses, los birmanos y la gente del norte de la India (28). Ellos postulan si la medida ajustada o no del tiempo pone un acento especial en los años y si, por lo tanto, es responsable de una actitud menos favorable hacia el envejecimiento en sociedades con tecnología simple donde el tiempo está menos enfatizado. Hay muchas sociedades que no miden el curso de la vida en años y sí en la habilidad para desarrollar ciertas tareas y en la decrepitud física y mental. Los autores ven, en estos lugares, un decrecimiento de la vida activa hacia la menos activa atado al fenómeno de una declinación de la fuerza y el vigor.

Barbara Anderson y Margaret Clark se aventuran en 1967 (29) a estudiar la vejez en su propia sociedad. Con ello crean un precedente en relación a los estudios tradicionales de antropología. La muestra comprende 435 ancianos de San Francisco y las variables que utilizan son la misma evaluación, la moral, el índice de estatus y el nivel de interacción social. Ellas mantienen que la amenaza mayor para los ancianos consiste en la debilitación de las relaciones de parentesco, en el rápido cambio tecnológico, en el incremento relativo y absoluto del número de ancianos y en los puntos sagrados de la cultura americana: independencia y productividad.

Dos autores distintos, Austin Shelton en 1965 y Malcom Arth en 1968 (30,31,32) analizan una misma sociedad los Nsukka Ibo y llegan a conclusiones distintas. Para Shelton en la sociedad Ibo se encuentran actitudes positivas hacia los ancianos como son una buena posición económica, roles importantes en la religión, etc. Para Arth estas propuestas son discutibles, él cree que en esta sociedad existe una ambivalencia considerable de actitudes hacia los viejos pero con la salvedad que los graves conflictos entre jóvenes y ancianos, en el momento en el cual desarrolla el estudio, se deben al proceso de aculturación que los Ibo estaban sufriendo. Nos gustaría destacar muy especialmente este estudio por dos razones: la primera es que nos muestra claramente como la visión de dos investigadores sobre una misma sociedad puede dar resultados opuestos. Este es uno de los peligros del etnógrafo si no queda claro para los lectores los puntos de partida de cada investigador. El mismo Arth opina que las conclusiones son distintas porqué el enfoque también es diferente. La segunda tiene que ver con lo que más nos interesa destacar en esta conferencia. Shelton cree en las actitudes positivas, Arth en la ambivalencia, una ambivalencia surgida del contacto con otros pueblos. A nosotros nos gustaría ir más lejos y pensar que la ambivalencia ya existía pero Shelton no la percibió.

Unos párrafos más arriba apuntábamos como la antropología había ayudado a distorsionar la imagen de la vejez en los “pueblos primitivos” generalizando la imagen de venerabilidad y el estatus de poder de los ancianos. Sin embargo, resulta evidente que la perspectiva antropológica, y concretamente la transcultural, puede ayudar a delimitar la problemática de los mayores y buscar posibles soluciones. En el prefacio de la obra de Amoss y Harrel, citados más arriba, es un catedrático de psiquiatría quien lo defiende. Eisdofler explica como las perspectivas antropológicas pueden contribuir a tomar decisiones inteligentes sobre políticas de actuación y lo pueden hacer de dos maneras. Por un lado, pueden medir el valor económico de los ancianos respecto a la mayoría de la sociedad y, por otro, pueden ayudar a ver –por encima de las consideraciones puramente económicas- algo más complicado como los beneficios hacia la sociedad del conocimiento de la herencia propia y una mejor apreciación del ciclo vital humano a través de la aportación de los antepasados. Además, con la comparación con otras culturas se ve como los ancianos de cada una de ellas se mantienen activos hasta el final y contribuyen en gran medida al funcionamiento social. Ello nos permite extrapolar las situaciones de otros lugares y buscar ejemplos en nuestra propia sociedad de como maximizar los recursos desaprovechados que potencialmente existen en nuestros ancianos.

Podíamos seguir ofreciendo datos sobre la geroantropología y su trayectoria histórico-disciplinar (33) pero nos limitaremos a seguir con el hilo argumental de la ponencia para no abrumar a los oyentes y que pueda seguir siendo oyentes. Por otro lado, se trata de referencias muy específicas de la disciplina y en demasía teóricas que no harían sino apartarnos del objetivo último de la charla que se dirige a la presunción de una posible mejora, a partir de los planteamientos aportados, de la calidad asistencial.

Recuperaremos, sin embargo, del conjunto de teorías antropológicas vinculadas al proceso de envejecimiento a dos autores. Van Genep (34) que trata sistemáticamente de los patrones de estatus a lo largo de todo el curso de la vida. Él distingue tres tipos de ritual de ritos de paso: separación (abandono de un estatus de edad), transición (cambio de estatus) e incorporación (incorporación al próximo estatus en una sucesión estructurada de ellos). Estos rituales se dan durante todo el ciclo vital de forma intermitente. Tampoco podemos dejar de mencionar, por la coherencia que tiene con las conclusiones finales, la propuesta de San Román (35) que realiza una aproximación sobre la vinculación entre marginación y ancianidad en un intento de construcción de una *Teoría de la Marginación Social*. No se trata de una teoría claramente definida y la autora partiendo de sus estudios con minorías étnicas (gitanos) y comparándolos con otro sujeto de estudio (los ancianos) trabaja para formularla. Nos encontramos pues, ante un caso distinto de análisis teórico. Esta vez los viejos son

utilizados como grupo de edad comparándolo a otras minorías para construir una teoría que se aleja del propio proceso de envejecimiento y se centra en los procesos de marginación social. En general, se defiende el postulado que los ancianos conforman un grupo marginado. San Román nos habla más de tendencia hacia la marginación. El estudio de Teresa San Román se centra en una revisión de las distintas teorías sobre el envejecimiento y en la concreción de una serie de hipótesis de trabajo sumamente interesantes. De ellas queremos recoger una idea ligada a la propuesta de la tendencia marginalizante de los ancianos debido a una “proclividad” que se debe a dos motivos: su deterioro físico-psíquico y su cercanía a la muerte. Resaltamos estas ideas que nos parecen clave para entender posteriormente nuestra propia propuesta teórica.

En este punto ha llegado el momento de presentar una nueva línea teórica que surge de la investigación llevada a cabo por García-Oliva (36). Se trata de un primer esbozo (y que por ahora se ha quedado en eso esbozo, animo a los posibles interesados entre el público asistente a continuar la investigación) de lo que podría llegar a ser la *Teoría de la Ambigüedad*. La hipótesis principal de la investigación postula que el concepto de viejo es una categoría que se construye socialmente con la conjugación – inclusión y/o combinación y/o ausencia- de un número de factores determinados. Esta categorización social se sustenta en una imagen cultural determinada que puede ser distinta, e incluso opuesta, dependiendo de la sociedad donde se desarrolle. Además, esta imagen a pesar que, de manera general, tenga en la mayoría de las sociedades una vertiente claramente negativa, se superpone a otras que pueden ser contrarias y positivas. Por tanto, al igual que no se puede hablar de una homogeneización de los ancianos, tampoco se puede hablar de una homogeneización de su imagen cultural. Pero no solo esta ambigüedad se da en la imagen de la ancianidad, sino que aparece también en el trato que se le ofrece y en el rol que desarrollan. Esta hipótesis de partida que se vio contrastada en los resultados de la investigación sirve de base para poner en marcha una “nueva” línea teórica, y ponemos “nueva” entrecomillas puesto que ya existían precedentes. Pensamos que es esencial retomar estos antecedentes antes de exponer nuestra aportación.

El trabajo de Myerhoff (37) ofrece la primera perspectiva con un cariz ambiguo sobre el conjunto de oposiciones morales de la vejez, partiendo del análisis procesual e interpretativo de Turner. De Beauvoir (38) deja traslucir en su obra una cierta visión ambigua de la vejez. Su perspectiva es, sin embargo, distinta. Hay una ambigüedad de situaciones de trato en la vejez en sociedades similares, sin embargo no se señala tanto la ambigüedad en una misma sociedad, ni en relación al trato que reciben los ancianos, ni en relación a la imagen cultural creada. Los demás referentes etnográficos apuntan

también en esta dirección. A pesar que se plantean la diferencia intercultural, no se plantean dicha diferencia en la propia cultura y tienden a realizar homogeneizaciones. Ello puede observarse, por ejemplo, en los trabajos de Simmons (39), Amoss y Harrell (40) y Ketzer y Keith (41). El primero, que a pesar que no llega a hacer un planteamiento claro oferta una visión más diáfana de esta supuesta ambigüedad, es George Minois (42). Desde el inicio de su obra repite una y otra vez como la situación de los ancianos en el seno de las diferentes sociedades ha sido ambigua y como lo han sido también en una misma sociedad. El énfasis de Minois se pone en la imagen cultural existente sobre este grupo de edad, pero también hace referencia al trato que reciben. El continuador de su obra, Jean-Piere Bois (43) llega a las mismas conclusiones avanzando unos cuantos siglos en el tiempo. Los dos, ejemplifican extensamente sus aseveraciones. Más tarde, Cole (44), realiza una formulación en el mismo sentido que Minois, pero algo matizada. Cole olvida el tono irónico de Minois .

Hasta aquí decíamos que la imagen cultural de la vejez a través del tiempo, y siempre según las fuentes consultadas, que son pocas, pero que también, son las únicas, es ambigua. Decíamos también que la imagen cultural de la vejez a través del espacio también parece ser ambigua. Debemos hacer, sin embargo, dos descargos. El primero es que esta afirmación debería ser contrastada más ampliamente, ya que los objetivos de los etnógrafos difieren de ofrecer la posible heterogeneidad de los ancianos en una misma sociedad y se centran más en ofrecer las diferencias o similitudes interculturales, a pesar que, en ocasiones, se insinúa una posible diversidad en términos de poder socioeconómico. La segunda, es que lo que aportan los datos etnográficos se refiere al trato recibido y al rol desarrollado por los ancianos más que a la imagen cultural imperante. Estas tres vertientes, imagen cultural de la ancianidad, papel que juegan en el conjunto social y trato recibido y actitudes tomadas hacia ellos, son las que nos interesan. Nos interesan las tres por separado y nos interesa conocer la relación que existe entre ellas. ¿Influye la imagen cultural en el tipo de trato que reciben los ancianos? Y, si es así, ¿en qué medida?. Por los datos que nosotros manejamos el trato que reciben los ancianos está estrechamente vinculado a la imagen cultural dominante. Ahora bien, debido a que esta imagen parece ser que es ambigua en toda sociedad, también será ambiguo el trato recibido. Por otra parte, si existe relación entre imagen y trato, ¿en qué se sustenta la imagen? ¿a quien se aplica y de que manera? Y, ¿tiene que ver el rol desarrollado por la ancianidad, el estatus asumido por el viejo? ¿se puede realizar una gradación de esta ambigüedad y que esta sea universalizable?. O, si lo hiciéramos así, ¿caeríamos en el mismo error homogeneizador en el que han caído muchos teóricos que nos han precedido?.



Lo que sustenta la *Teoría de la Ambigüedad* es que en todo espacio y en cualquier momento la imagen cultural de la vejez y, por tanto, el trato que reciben y el rol que desarrollan los ancianos es ambiguo. Existirá una serie de individuos que, en una misma sociedad, serán percibidos en función del prestigio social adquirido según un estatus socioeconómico elevado y recibirán atenciones y conservaran control social en sus manos. Otros, irán cayendo, poco a poco, en la marginalidad social. En medio de los dos grupos habrá toda una escala diversa que compondrá muchas y diferentes situaciones. Hay una imagen generalizada y negativa de la ancianidad en esta y en muchas otras sociedades. Esta imagen prevalece sobre las demás y predispone a una actitud determinada hacia los integrantes del grupo de edad de los mayores. Pero, a su lado, existen otras, que ofrecen visiones distintas, unas más tradicionales (nos referimos a aquellas imágenes tradicionales de viejos con aspecto de serenidad, sabiduría, comprensión, depositarios de las tradiciones, reflexivos, etc. Esta imagen puede ser positiva o negativa dependiendo de quien evalúe los atributos que se les otorgan) pero también contamos con otras más positivas.

Sin embargo, ¿por qué se aplica a un individuo una imagen y consecuentemente un trato determinado y se le adjudica un papel y no otro?. ¿Por qué se utiliza el concepto viejo para definir a los ancianos a quienes se aplica una imagen, un rol y un trato negativo y los conceptos “mayores”, “abuelo” y el tradicional “anciano” al resto?. ¿Por qué se hacen estas diferencias si la mayoría de individuos opinan que la conceptualización es la misma?. Es viejo aquel a quien se categoriza como tal dependiendo de una serie de factores que así lo configuran. Así, este carácter plural de la vejez tendría mucho que ver con las trayectorias vitales personales que surgen de un cruce entre las necesidades -que se traducen en las variables que se conjugan, como edad, salud, género, antecedentes..., y que siguen al individuo en su devenir histórico- y la suerte. Pero la situación personal de cada uno de los ancianos se acompaña también de unas circunstancias simbólicas específicas que analizamos enseguida.

Decíamos anteriormente, de la mano de Teresa San Román, que existe una proclividad generalizada de la ancianidad hacia la marginación o exclusión social. Esta proclividad se encuentra presente a pesar que existan toda una serie de factores favorables que la retrasen o la maticen. Y está presente porque detrás de ella se esconden dos hechos fundamentales e ineludibles para todos aquellos que pasan a formar parte del grupo de edad de los mayores. Nos referimos al deterioro físico-psíquico y a la proximidad a la muerte. Creemos que la existencia de estos dos hechos hace que a pesar que la diversidad, que es lo que nos interesa sostener, continúe, se produzca todo un proceso de liminalidad envuelto de un ritual que aboca al viejo hacia un camino sin retorno, hacia un plano extra-social (la

muerte) que se va apoderando de los individuos. El proceso liminal y los rituales que lo acompañan comportan una idea de contaminación social que ayuda a la exclusión y/o marginación.

Así, pues, recogemos unos elementos formulados por Van Gennep –concepto de liminalidad-, Turner –proceso ritual-, ya considerados anteriormente por su relación con la teoría de la ambigüedad, y añadimos un nuevo concepto, el de polución o contaminación de Douglas (45) que refuerza simbólicamente la segregación progresiva del anciano de su entorno social. Decíamos que Van Gennep dentro de los estudios del ciclo vital fue más lejos que sus antecesores y no se limitó a analizar la iniciación de los jóvenes en el estatus de adulto, sino que empezó a tratar los patrones de estatus en el curso de todo el ciclo vital. Decíamos que son tres los ritos de pasaje que Van Gennep define (separación, transición e incorporación). Y los define como “los ritos que acompañan todo cambio de lugar, estado, posición social y edad”. Las tres fases que él diferencia en los rituales de paso son establecidos como situaciones donde el individuo tiene que pasar para cambiar de estado. La primera fase comprende la conducta simbólica por la que se expresa la separación del individuo o grupo, bien desde un punto anterior físico en la estructura social, desde un conjunto de condiciones culturales (un estado) o de los dos. La segunda fase, el periodo liminal intermedio tiene como componente una vertiente donde las características del sujeto ritual (el pasajero) son ambiguas, ya que atraviesa un entorno cultural que tiene pocos, o ninguno, de los atributos del estado pasado o futuro. En la tercera fase se consuma el paso. Aquí queremos resaltar un elemento que diferencia los viejos de los otros grupos de edad. Si bien los ancianos siguen los dos primeros rituales de pasaje para pasar al siguiente (separación y transición), el último ritual (la incorporación) los aparta del ciclo vital y los conduce a un espacio de no-vida. Los viejos quedan estancados en el segundo estado que, además, resulta un estado liminal.

El primero de los rituales de pasaje, el de la separación se da entre la mayoría de los ancianos con la jubilación y los acompaña en todo el proceso de segregación social. Los ancianos que no sufren la jubilación obligatoria empiezan el ritual de paso en otros contextos (deterioro de la salud, pérdida de control social, etc.) El segundo tramo del ritual, la transición será más o menos largo dependiendo de las variables que jueguen para cada individuo. Aquellos que se encuentren en una situación privilegiada tendrán en sus manos la posibilidad de perpetuar su presencia en el estado anterior. El tercer tramo, la incorporación, no los lleva a ninguna parte, o mejor dicho, los incorpora en un estatus nuevo fuera del conocido de la vida, los incorpora a la muerte. Si añadimos a esta argumentación la idea de liminalidad que desarrolla el mismo autor, Van Gennep, y en la que se muestra como el iniciado queda apartado de

la sociedad y de la vida normal, en un estado sagrado, peligroso, vulnerable y sujeto a polución, veremos como también entre los ancianos estas características propias de la liminalidad se agudizan (los tres estados que conforman el ritual de paso son, según el análisis procesual de Van Gennep, definidos también como pre-liminal el primero o de separación, liminal el segundo o de transición y post-liminal el tercero o de reagregación). El proceso ritual de segregación de la vida social se inicia y se desarrolla poco a poco. Más despacio que en otros procesos de transición ritual donde esta puede llegar a ser puntual. El proceso de transición de la vejez se alarga años y se hace plenamente palpable en la mal denominada cuarta edad (como lo fue la tercera). Ahora bien, así como el estado liminal acaba en otros procesos de rituales de paso con la incorporación social en un estado diferente, entre los ancianos tal reincorporación no existe. Por tanto, las características liminales no desaparecen, sino que aumentan con el tiempo. Cada vez el viejo es más vulnerable, más contaminante, más peligroso y...no tenemos tan claro si más sagrado.

Los atributos de la liminalidad son necesariamente ambiguos, como ambiguo es el estado que se vive en este proceso de transición. Los individuos que pasan por este proceso no se encuentran en un lugar ni en otro. La vejez es la vivencia del proceso liminal hacia la muerte. Su presencia ya no se encuentra entre el grupo de los adultos y aún no se encuentra en el grupo de los no-vivos. La ambigüedad como grupo está latente y también lo está la ambigüedad diferencial individual que les permitirá o no mantenerse en el estado anterior. Los ambiguos atributos de la liminalidad, nos dice Turner (46), se expresan mediante una amplia variedad de símbolos en todas las sociedades donde se ritualizan las transiciones sociales y culturales. Así, la liminalidad se compara frecuentemente con la muerte, el encontrarse en el útero materno, la soledad, los eclipses, la bisexualidad. Es fácil reconocer entre estos símbolos algunos que van asociados, a veces inconscientemente, a la vejez. También dice Turner que el paso de un estado inferior a uno superior se efectúa a través de un limbo que no tiene estatus. Hay una destrucción del estatus previo y una preparación hacia el que tienen que venir. Y no nos resulta especialmente complejo relacionar esto con lo que defienden los sociólogos desde hace tiempo sobre el “rol vacío de roles” de los ancianos. No es pues de extrañar que los viejos que puedan intenten salvaguardar el estatus anterior, que no les sea destruido; la preparación para el paso posterior puede ser muy dura. Turner relaciona algunas de las características del estado de liminalidad. Queremos resaltar una de ellas por la relación que guarda con la vejez, la ausencia de relaciones sexuales. Está claro como a este grupo de edad todavía se le recriminan las conductas en este sentido.

Decíamos más a arriba que las situaciones y roles liminales se corresponden en todas partes con propiedades mágico-religiosas y se consideran peligrosas, desfavorables o contaminantes de persona y cosa. También decíamos que no teníamos demasiado claro la relación del viejo con aquello que es sagrado o mágico. De hecho, durante mucho tiempo, se ha pensado que así era entre las comunidades primitivas. De hecho, en algunos casos, (gerontocracia si es que ha existido alguna vez como también ponemos en cuestión el matriarcado) ha sido así. De hecho, la proximidad a la muerte hace que la relación con las fuerzas del mundo exterior se haga posible. Ahora bien, en la sociedad occidental este rol se ha ido perdiendo. El estar cerca de la muerte no significa tener ningún poder especial, no significa ostentar ningún tipo de privilegio. La no-vida no parece tener tan buenos augurios como los que podía haber tenido en épocas pasadas. La muerte se acerca más a la desaparición que a la ascensión de otra forma de vida. En cuanto al resto de características Douglas dice que todo aquello que no puede clasificarse claramente según los criterios tradicionales o que cae dentro del espacio existente entre los límites clasificatorios es considerado, por regla casi general, como “contaminante” y “peligroso”. La muerte, tan cercana a los ancianos es uno de los aspectos más contaminantes de la vida, paradójicamente. Hay pueblos que intentan, a través del ritual (auto-inmolación de los pangolí de los lele, rito ndembu de la muerte ritual de Kavula), invertir el signo y transformar la muerte de mala a buena escogiendo el momento y el lugar donde debe ser ejecutada.

Por tanto, a pesar que propugnemos una heterogeneidad palpable entre los viejos en toda sociedad y en todo momento histórico, también defendemos que la imagen negativa y generalizada que se superpone a otras imágenes más positivizantes, pero que las domina, se sustenta en este proceso ritual liminal. La historia personal de cada anciano se particulariza según las circunstancias que lo envuelven, de manera que el rol que desarrolla el anciano en su sociedad y las actitudes que se toman hacia su persona también diferirán de un individuo a otro. La imagen de la vejez se añadirá a esta ambigüedad y continuará siendo diversa, ahora bien, la imagen preponderante, la imagen negativa se sustentará por encima de las demás. ¿Por qué? Porque hay todo un proceso gradual de segregación del anciano que se sustenta en una idea de contaminación. Nadie quiere llegar a formar parte de este grupo de edad que lleva a un camino sin retorno a pesar que este camino sea más o menos llano. Todo el mundo intenta disfrazar este momento retornando a otro grupo de edad que se encuentra lejos de la muerte, los jóvenes. El disfraz de viejo como joven esconde la verdad. El viejo no se siente viejo y no quiere ser visto como tal.

### **El caring y la calidad asistencial**

En este punto es el momento de enlazar con el segundo y último (también más corto) aspecto de la conferencia que queríamos resaltar. ¿Cómo nos puede ayudar todo este bagaje histórico, etnográfico y antropológico a mejorar la imagen y, en consecuencia el trato que reciben los ancianos? Pues sencillamente entendiéndolo. Y entendiendo lo expuesto los entenderemos mejor a ellos y cuando nos encontremos en una situación determinada sabremos cual es la mejor manera de satisfacer sus necesidades. Y si satisfacemos sus necesidades mejoraremos, sin duda, el nivel de nuestra calidad asistencial. Profundicemos un poco en ello.

En estos momentos, en la atención asistencial gerontológica, el ámbito de referencia teórica se circunscribe a parámetros de calidad asistencial y por ellos nos debemos regir. Pero, ¿qué queremos decir cuando hablamos de calidad asistencial?. Precisamente donde se nos hace más difícil llegar es a un índice de calidad cuantificable en la atención de las personas. La medida de los indicadores es de dificultosa visualización en su concreción cuando hablamos de conceptos abstractos. Y abstractas son nuestras actuaciones cuando lo que pretendemos es satisfacer las necesidades de las personas que atendemos. Es aquí donde debemos detenernos un momento. Hay dos conceptos clave que debemos canalizar con la finalidad de ofrecer un alto nivel de calidad en la atención asistencial. Nos referimos a “necesidad” (hace ya un rato que venimos dándole vueltas al término) pero también a “satisfacción” (y de ello todavía no habíamos hablado). Vamos a ver cada uno de ellos.

La necesidad es para disciplinas como la economía, la sociología y la política social aquello que toda sociedad debe satisfacer. Otras, como la antropología y la psicología, creen que las necesidades son la base de la conducta humana. En servicios sociales se utiliza la necesidad como la falta de alguna cosa casi siempre restringida en aquello que es material.

En cualquier caso, las necesidades, a pesar que son variadas (pues heterogéneos somos los humanos) deben ser satisfechas y aquí entra en juego el otro concepto. ¿Cómo las podemos satisfacer?. La satisfacción de necesidades se produce siempre dentro de un contexto dado (entorno ambiental, trayectoria vital, cultura propia...) de manera que todo el mundo, tal y como nos dicen Doyal y Gough (47) trata de satisfacer sus necesidades de forma absolutamente diferente.

Las personas mayores, como personas que son –y queremos remarcar de forma contundente el término “persona” ya que no debería ser necesario apartarnos de él para atenderlos- requieren llegar a un

mínimo –y ¿porqué no?- a un máximo de cumplimiento de sus necesidades. Pero para cubrir estas necesidades debemos ir más lejos y no quedarnos solo en la atención de las necesidades básicas (aquellas necesidades denominadas por Maslow (48) así y ubicadas en la base de su conocida pirámide de las necesidades humanas) sino que debemos llegar al más alto de los escalones, las necesidades de autorrealización. Ahora bien, ¿cómo podemos hacerlo?

Las residencias, centros de día, centros sociosanitarios, unidades especializadas de hospitales y también los servicios de atención domiciliaria, en definitiva, todos los servicios y recursos que se dedican a atender a los mayores ya hace algún tiempo que han llegado a cumplir con los indicadores de calidad que las distintas comunidades autónomas han puesto en marcha. Ello es así porque existe una normativa que lo reglamenta. La normativa, especialmente desarrollada en los centros colaboradores o con plazas concertadas con las administraciones públicas es de aplicación en todo el ámbito asistencial de los mayores, de manera que tanto centros públicos como entidades privadas (de iniciativa social o con ánimo de lucro) están cumpliendo, o deberían cumplir, de forma genérica con los requisitos mínimos. Es difícil encontrar centros o servicios gerontológicos –los podemos llamar así para englobarlos a todos- que no estén aplicando protocolos de actuación, rellenando los registros de control de forma sistemática, realizando reuniones de todo el equipo interdisciplinar, elaborando y aplicando protocolos de actuación y planes de atención individualizada para el usuario, etc.

A todo ello ayuda que cada vez existe más personal preparado y empresas que luchan para profesionalizar sus plantilla en un marco laboral que todavía se está construyendo. Además, las diferentes disciplinas (gerontología, geriatría, psicología, sociología, psiquiatría, antropología, trabajo social, educación social, terapia ocupacional, fisioterapia, medicina, enfermería...) están desarrollando un esfuerzo para teorizar y sistematizar aquello que perciben en la aplicabilidad y experiencia diaria.

Pero nos quedaríamos muy lejos de la calidad asistencial que buscamos si nos paráramos aquí. Recuperemos de nuevo la pirámide de Maslow. Esta teoría se ha cuestionado en diversas ocasiones porque expone un viaje lineal a través de la pirámide empezando por la base y escalando, poco a poco, los distintos niveles hasta llegar a la cima. Los humanos, todos: niñ@s, jóvenes, adult@s y viej@s nos caracterizamos porque necesitamos cubrir las primeras necesidades (las básicas) acompañadas de las segundas, de las terceras, cuartas o quintas a la vez. Por ejemplo, si nos centramos en un acto primario que realizamos todos los humanos, la alimentación nos daremos cuenta como no es lo mismo comer solo (lo cual cubriría como mínimo la primera de las necesidades) que acompañado. Las personas

acostumbramos (aunque cada vez menos) a realizar las comidas del día acompañados. De ello hacemos un acto social. En este momento, como mínimo, estamos cubriendo el primer y el tercer escalón de la pirámide (necesidades básicas y de socialización).

Con el mismo ejemplo podemos ir aún más lejos y centrarnos en el colectivo que nos ocupa. Algunas de las personas a las cuales tenemos que atender necesitan ser ACOMPAÑADAS en el acto de comer y aquí estaríamos incluyendo la cúpula de la pirámide, la autorrealización, con el conocido concepto por todos los profesionales de la gerontología, de la autonomía y su potenciación desde los equipos de trabajo asistencial. Y acompañadas quiere decir no conducidas o sustituidas si ello no es absolutamente necesario.

Pero para llegar a la calidad que buscamos tenemos que introducir nuevos elementos conceptuales. Cualquier tarea establecida hacia nuestros usuarios/clientes, se puede realizar mal, bien o muy bien (no hay medidas intermedias) y cuando hablamos de calidad asistencial tenemos que trabajar para conseguir el “muy bien”. Si realizamos mal una actuación posiblemente estemos cayendo en la negligencia profesional –lo que está claro es que las personas mayores son vulnerables-; si la realizamos bien estamos cumpliendo con todos los procedimientos marcados y técnicamente nuestro trabajo es impecable –tenemos unas buenas aptitudes en el desarrollo de nuestro perfil profesional-; pero si la queremos hacer muy bien tenemos que tener en cuenta las actitudes (actualmente se está desarrollando todo el tema de las competencias del perfil profesional por puesto de trabajo que tiene en cuenta todos estos aspectos).

La terminología anglosajona nos acerca mucho a lo que queremos exponer. *Cure* significa curar, *care* cuidar a alguien y *caring* cuidar a alguien con interés. Por tanto, el *caring* es más que el *care*. Y es al *caring* nuestro objetivo último. Pero, volvemos a la pregunta del inicio ¿cómo hacerlo?. En primer lugar tenemos que conocer la gente con la que trabajamos, aquella a la que tenemos que cuidar. El proceso de envejecimiento, como hemos ido viendo en todo el razonamiento teórico previo, es individual y asincrónico. No todo el mundo envejece de la misma forma porque existen muchos factores que intervienen en el proceso (entorno relacional, situación socioeconómica, género, origen y, sobretodo y como variable independiente, la salud). Por tanto cuando ponemos en marcha *el cuidar con interés* necesitaremos saber que necesidades tiene cada individuo de manera personalizada ya que los mayores se caracterizan, como hemos visto también antes, por su gran heterogeneidad. Aquí entran en

juego los SATISFACTORES. La misma actuación puede satisfacer las necesidades de un paciente y de otro no.

A pesar que las necesidades sean las mismas para todo el mundo, el grupo de edad de los mayores parece tener unas de específicas. En realidad, las necesidades no son específicas porque las personas mayores tengan más edad sino porque hay, en un número elevado de casos, una situación de dependencia que los lleva a necesitar que otras personas los ayuden. Salvado este escollo deberíamos volver al inicio de la segunda parte de la exposición, la contextualización teórica de la práctica asistencial con calidad dirigida a los mayores y volver a recordar que las necesidades humanas son iguales para tod@s. Lo que varía es la forma de satisfacerlas. En definitiva, lo que está culturalmente determinado son los satisfactores y no las necesidades. Además, un satisfactor puede contribuir simultáneamente a la satisfacción de diversas necesidades o a la inversa, una necesidad puede requerir de diversos satisfactores para ser satisfecha. Pondremos un ejemplo cotidiano de los centros gerontológicos para explicarnos: la ducha. Si la ducha se realiza conforme a los satisfactores expresados por una persona determinada en cuanto a horario, temperatura del agua, intimidad, género de la persona que atiende, etc. además de cubrir la necesidad de higiene puede cubrir necesidades psicológicas o relacionales. Y una sola necesidad como es la higiene puede requerir de diversos satisfactores (que citábamos anteriormente) para ser satisfecha.

Si tenemos en cuenta las “necesidades” y los “satisfactores” estaremos cuidando de forma integral, o sea, atenderemos las necesidades bio-psico-sociales y también las necesidades espirituales (un tanto olvidadas hasta hace poco tiempo) en un sentido amplio de la palabra. El antropólogo Paul Byers decía que los mayores de nuestra sociedad sufren “hambre de piel” y ello está estrechamente ligado a esta concepción de atención integral de la que hablábamos.

La complejidad conceptual, y con ello acabo, no debería alejarnos en la praxis diaria de lo que buscamos: calidad. Y para evaluarla requerimos, como elemento más importante, de la perspectiva del consumidor. Y a partir de aquí deberemos trabajar en dos direcciones: la primera conocer, de la manera más precisa posible, las aspiraciones y necesidades de nuestros pacientes y, la segunda, como saber satisfacerlas.

Como toda reflexión debe tener nexos de unión en todo su desarrollo, acabaremos diciendo que la imagen cultural de la vejez (mayoritariamente negativa) no nos ayuda en absoluto a que el trato hacia



los ancianos sea correcto. Tenemos una imagen adversa para este periodo del ciclo vital (hemos intentado explicar el porqué en la primera parte de la conferencia) y ello hace que nuestras actuaciones hacia ellos estén mediatizadas por una imagen que no deja de repetirse a través de los medios de comunicación de masas. Pasamos fácilmente al paternalismo, a la compasión, al pensar y decidir por y para ell@s y olvidamos que cuando hablamos de mayores estamos hablando únicamente de personas adultas con diversidad de grados de dependencia funcional y/o psicológica que pueden perder autonomía pero nunca tienen que perder dignidad.

### **Bibliografía citada**

1. Kalish, R.A. La Vejez. Perspectivas sobre el desarrollo humano. Barcelona. Pirámide; 1983.
2. Robert, L. Biologic du vieillissement. Communications 1983; 37:17.
3. Minois, G. Historia de la vejez. Madrid. Nerea; 1989.
4. De Beauvoir, S. La Vejez. Buenos Aires. Sudamericana; 1970.
5. Rodríguez, S. La Vejez: Historia y actualidad. Salamanca. Universidad de Salamanca; 1989.
6. Idinopulos, T.A. Jerusalén. Judíos, cristianos, musulmanes. Santiago de Chile. Andrés Bello. 1994.
7. Alba, V. Historia social de la vejez. Barcelona. Alertes; 1992.
8. Ciceron, M.T. Catón el viejo, o De la vejez. Lelio, o De la amistad. Barcelona. Juventud, 1982.
9. Castanedo, C. y otros. Consideraciones generales sobre el envejecimiento. Internet. 2002
10. Minois, G. Op.cit.
11. Rojas, F. La Celestina. Barcelona. Orbis.1982
12. Alba, V. Op.cit.
13. Bois, J.P. Les vieux de Montaigne aux premières retraites. París. Fayard. 1989.
14. De Beauvoir, S. Op.cit.
15. Barrera, A. Casa, herencia y familia en la Catalunya rural. Madrid. Alianza. 1996
16. Alba, V. Op.cit.
17. Hornum, B. y Glascock, A.P. Whither anthropological gerontology? En: Osgood, N.J. y Sontz, A.H.L. The science and practice of gerontology. London. Jessica Kingsley Publisher Limited; 1989. p.89-108.
18. Fernández-Ballesteros, R. Hacia una vejez competente: un desafío a la ciencia y a la sociedad En: Carretero, M. Palacios, J. y Marchesi, A. (comp.) Madrid. Alianza; 1985. p.239-58.
19. De Beauvoir, S. Op. cit.

20. Ruesch, Hans. Los dientes del Diablo. Barcelona. Cedro. 1971.
21. Simmons, L. The role of the aged in primitive society. New Haven. Yale University Press. 1945.
22. Baró, T. El plat de fusta. En: Millà , editores. De l'amor als vells. Barcelona; 1980. p.3.
23. Amoss, P.T. y Harrell, S. Other ways of growing old. Anthropological perspectives. Stanford. Stanford University Press. 1981.
24. Maeda, D. Japan. En: Palmore, E. International Handbook on aging. Contemporary developments & research. London. The Macmillan Press Ltd. 1980
25. Alba, V. Op. cit.
26. San Román, T. Vejez y cultura: Hacia los límites del sistema. Barcelona. Fundació Caixa de Pensions, "La Caixa". 1990
27. Bengtson, V.L. y Smith, D.H. Social modernity and attitudes toward aging. The Gerontologist. 1968; 8: 26.
28. Smith, R. Holmberg, R. Hughes, C y otros. Cultural differences and the concept of time. Aging and Leisure. R.W. Kleemeier (ed), New York. Oxford University Press. 1961.
29. Clark, M. y Anderson, B. Culture and aging. Springfield. Charles Thomas. 1967
30. Shelton, A.J. Ibo aging and eldership: Notes for gerontologist and others. The Gerontologist. 1965; 5: 20-3.
31. Arth, M.J. An interdisciplinary view of the aged in Ibo culture. Journal of Geriatric Psychiatry. 1968; 2: 33-9
32. Arth, M.J. Ideals and behavior. A comment on Ibo respect patterns. The Gerontologist. 1968; 8: 242-44
33. Garcia Oliva, M. "Transculturalidad: La vejez en el tiempo y en el espacio. Aproximación histórico-antropológica" a DEVI, J. y DEUS, J. Las demencias y la enfermedad de Alzheimer: Una aproximación práctica e interdeisciplinar. 2004; 23-46
34. Genep, Van A. Los ritos de paso. Madrid. Taurus. 1986
35. San Román, T. Op.cit.
36. García Oliva, M. Imatges Culturals de la Vellesa. Construcció i deconstrucció d'una categoria social. Tarragona. Tesis inédita. URV. 1995
37. Myerhoff, B. Number our days. New York. Simon& Schuster. 1978
38. De Beauvoir, S. Op. cit.
39. Simmons, L. Op. cit.
40. Amoss, P.T. y Harrell, S. Op.cit.

41. Ketzer, D.I. y Keith, J. Age & anthropological theory. New York. Cornell University Press. 1984
42. Minois, G. Op.cit.
43. Bois, J.P. Op.cit.
44. Cole, TR. The journey of life: A cultural history in America. Cambridge. Cambridge University Press. 1992
45. Douglas, M. Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú. Madrid. Siglo XXI. 1973.
46. Turner, V.W. El proceso ritual. Estructura y antiestructura. Madrid. Taurus. 1988
47. Doyal y Gough Teoria de les necessitats humanes. 1994
48. Maslow, A.H. Motivación y personalidad. Barcelona. Sagitario. 1975.